

EL COMLOT PÚRPURA, JORGE Y YO

Carlos MARÍN

Me ufano haber tenido el privilegio de la franca, docta, luminosa y entrañable amistad del tempestuoso Jorge Carpizo.

Dos o tres semanas antes de su precoz y sorpresiva muerte, comimos en el Buen Bife de Insurgentes con Diego Valadés y Miguel Lerma, cuya fraternal relación con él era mucho más remota que la mía. Parafraseando, sin embargo, a Jaime Sabines, puedo decir que debí haberlo conocido diez años antes o diez años después, pero lo conocí justo a tiempo: en 1985, cuando acababa de asumir la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México.

He lamentado desde entonces que su proyecto de excelencia académica lo frustrara una huelga que, a diferencia de lo que sucede a otros rectores que por distintas circunstancias enfrentaron trances parecidos, lo catapultó a responsabilidades que supongo envidiables para cualquier universitario: director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, ministro numerario de la Suprema Corte de Justicia, presidente fundador de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, procurador general de la República, secretario de Gobernación, embajador en Francia y director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, cargos durante cuyo desempeño jamás dejó de prodigarme un trato que me honra, por más que yo lo provocara con el sarcasmo: “Jorge, Jorge, tan sencillo que eras...”.

A sabiendas de que la única licencia que tengo no es universitaria, sino de automovilista, atemperaba mis complejos con la opinión de que se me daba el sentido común, el mismo de las leyes y (como hasta la fecha lo hace conmigo también su hermano constitucionalista, Diego Valadés), al saludar a gente que yo no conocía, palmeaba mi hombro y hacía la presentación: “Mi *maestro*”.

Con cierta regularidad, a Froylán M. López Narváez, Guillermo Ibarra, Pepe Cárdenas y a mí nos invitaba a departir en su casa, donde la imprescindible y adorable Mari nos preparaba suculencias campechanas, que preparaba con las fórmulas (recetario publicado por Porrúa) que le platicó

en años y años Luz María, la madre de Jorge. Tertulias memorables en la 15 de Textitlán 21 (Santa Úrsula Xitla), donde dejó habitando de manera vitalicia a la mujer de todas sus confianzas, y que un día fatal comenzará a administrar la UNAM para otorgar becas a jóvenes brillantes, pero pobres.

La confianza en él se me cimbró cuando, como procurador general, presentó en televisión lo que sus críticos bautizaron como “el Nintendo de Carpizo”, con su explicación del asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. “No me convenciste; no se te cree”, le dije entonces, pero me argumentó con tal solidez lo que tenía investigado, que me puse a seguir el caso con la misma puntillosa obsesión con que después me interesé en reportear hasta sus entresijos los homicidios de Luis Donald Colosio y José Francisco Ruiz Massieu.

Carpizo, se ha demostrado, tenía razón. Y tanta, que desquició aún más al descocado sucesor de Posadas, el siniestro Juan Sandoval Íñiguez, empeñado en la santificación de cristeros. Sabedor de que los muertos de manera incidental no pasan un proceso de canonización por no ser “mártires”, fabricó sobre las rodillas la patraña de que aquella muerte fue un “crimen de Estado”.

En síntesis, pero sin la menor prueba, el bravucón arzobispo quiso imponer la teoría de que el gobierno había fraguado un enfrentamiento entre las bandas de los hermanos Arellano Félix y *El Chapo* Guzmán para que, en medio de la balacera, un tercer grupo de sicarios asesinara al cardenal.

El pleito entre Jorge y Sandoval cobró dimensiones estruendosas, y a principios del foxiatio, en *El asalto a la razón*, que publico en *Milenio*, di a conocer perturbadores elementos de la conspiración, ésta sí, de los ultras comandados por el cardenal en contra de Jorge. Titulé mi texto “El *complot púrpura* tiñe a la PGR”:

La secuela de la exhumación periodística del cadáver del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo ha llegado al extremo de que están puestas en duda no solamente las averiguaciones realizadas por la única instancia constitucional de procuración de justicia sino, y sobre todo, la institucionalidad misma del gobierno federal.

De haber alguna novedad en los documentos capturados en los nueve discos compactos que entregó al Vaticano el arzobispo de Guadalajara, copia de los cuales entregó también al gobierno panista de Jalisco, lo primero que se puede colegir es que la Procuraduría General de la República, responsable de las indagaciones, no le merece a Juan Sandoval Íñiguez la mínima confianza.

Puede alegar que en esa institución, desde antes inclusive de que la encabezara el doctor Jorge Carpizo, a quien tocó encabezar las averiguaciones

iniciales del asesinato, el trabajo de procuración de justicia fue una porquería, y que Carlos Salinas de Gortari, siendo presidente de la República, fue el principal interesado en que el crimen quedara sin “resolverse”.

Sandoval Iñiguez, intrigante, propala desde hace unos dos años que Jorge Carrillo Olea, cuando fue subprocurador antidrogas de la PGR, orquestó el asesinato poniendo en el aeropuerto de Guadalajara dos bandas de narcotraficantes (los Arellano Félix y El Chapo Guzmán) para que se balacearan, infiltrando en el momento preciso a sicarios para que dieran cuenta de Posadas Ocampo. ¿El motivo? Ah, pues porque el purpurado condenaba el narcotráfico y “sabía demasiado” sobre el presunto involucramiento de los hermanos Carlos y Raúl Salinas de Gortari en el negocio de las drogas.

Como suele decirse, admitiendo sin conceder que la tesis de Sandoval fuese cierta, el gobierno salinista concluyó en 1994 y su relevo en la Presidencia, Ernesto Zedillo, rompió de manera evidentemente drástica con el ex presidente: metió a la cárcel a Raúl bajo el cargo de mayor penalidad, el de ser autor intelectual de un homicidio (José Francisco Ruiz Massieu).

Durante el gobierno de Zedillo, la PGR tuvo dos titulares, el primero de los cuales, Antonio Lozano Gracia, era y sigue siendo militante destacado del Partido Acción Nacional; el segundo, Jorge Madrazo Cuéllar, no tiene militancia partidista pero, en abono de la conspiratititis que afecta a Sandoval, vale subrayar que mantiene con Jorge Carpizo una muy leal amistad. Esto quiere decir que Madrazo, eventualmente, pudo haber maquinado con Carpizo, respondiendo a intereses salinescos, mantener el asesinato de Posadas Ocampo “sin esclarecer”.

Pero, ¿y los dos años previos a Madrazo de procuración de justicia federal en manos del panista Lozano Gracia, el mismo que encarceló a Raúl Salinas de Gortari?

No es poca cosa recordar que la proximidad en el tiempo a la comisión de un delito es determinante para su aclaración. Por el contrario, entre más tiempo transcurra entre el suceso y las indagaciones, mucho menos probable resulta dar con la verdad jurídica de cualquier crimen.

Bien: Posadas Ocampo (y las demás personas que murieron aquel día) fue asesinado en mayo de 1993. A Carpizo le tocó el inicio de las averiguaciones, pero después del alzamiento zapatista, en enero de 1994, fue nombrado secretario de Gobernación.

El sucesor de Carpizo en la PGR, Humberto Benítez Treviño, en la conspirativa lógica del arzobispo de Guadalajara, debió responder a las indicaciones del “narco” Presidente y de su “testaferro” Carpizo. Así, hasta el cambio de gobierno.

Zedillo y Lozano Gracia, a partir de diciembre de 1994 y hasta la caída del procurador panista, en 1996, ¿continuaron sirviendo de tapaderas de Carlos Salinas de Gortari, a cuyo hermano tenían bajo resguardo en una prisión de alta seguridad?

Pero Vicente Fox ganó la Presidencia, y propuso (el Senado tuvo que ratificarlo) procurador general de la República a un general del ejército que en el zedillato fue procurador general de Justicia Militar: Rafael Macedo de la Concha.

El recuento viene a colación por la implícita descalificación que ha hecho el cardenal Sandoval Íñiguez, tanto del gobierno federal foxista como de un procurador que fue ratificado por el Senado.

Qué insinúa Su Ilustrísima, ¿qué Vicente Fox, el general Macedo de la Concha y los 118 senadores que avalaron el nombramiento están a las órdenes de Carlos y Raúl Salinas de Gortari? ¿No es esto carcajeante pero dramáticamente ridículo?

De nuevo: ¿por qué las “nuevas pruebas” fueron entregadas por el cardenal solamente al Vaticano y a las autoridades panistas jaliscienses?

El diario *La Crónica* publicó las fotografías de nueve discos para computadora sobre el caso Posadas, elaborados por la PGR cuando Jorge Madrazo era procurador. Lo más probable es que se trate de los mismos nueve que el cardenal entregó en Roma y Guadalajara, a menos que Sandoval haya puesto a trabajar un descomunal equipo de capturistas con sus “documentos”.

Si fuesen “nuevas pruebas”, el lector debe saber que en nueve discos compactos podría caber el texto que está leyendo unas 180,000 veces, lo cual equivale a una biblioteca de dos mil 500 libros de 300 páginas.

Lo más escandaloso de todo esto es que la delirante campaña del cardenal encuentre eco en la PGR: la subprocuradora María Luisa Lima Malvido, primero, hizo el anuncio descabellado de que al Vaticano se le pediría una copia de los discos (pudiéndolos no “pedir”, sino exigir al gobierno de Jalisco: menos gastos, más pronto, y sin tener que hablar italiano ni latín). Al día siguiente, la subprocuradora reparó el desliz y, al recibir de manos del también complotista, el legislador panista jalisciense Fernando Guzmán, las “nuevas pruebas”, descartó cualquier trámite en Roma.

Pero lo más extraño es que la funcionaria parece tomar en serio lo de “nuevas pruebas”.

Si se trata de caer en la conspiratitit, aquí van datos como para espantar algo más que el sueño:

El nombre de la subprocuradora parece de soltera, pero es la esposa del criminólogo Luis Rodríguez Manzanera, amigo y socio en algunos asuntos del abogado penalista del cardenal Sandoval Íñiguez, José Antonio Ortega.

José Antonio Ortega es esposo de Victoria Serrano Limón, y por lo tanto, cuñado del activista Jorge Serrano Limón, El Señor de los abortos (Pro Vida). Los matrimonios Ortega-Serrano y Rodríguez Lima se frecuentan desde hace muchos años.

Casualmente, con el presidente Fox fuera de México y el procurador Macedo también, el cardenal aprovecha al Vaticano como caja de resonancia, el martes, la subprocuradora simula desconocimiento y habla de gestiones

“diplomáticas” y... 24 horas después, ¡Aleluya, Aleluya!, aparecen en la PGR los discos compactos de las “nuevas pruebas”.

La revelación de esas relaciones peligrosas entusiasmó en Jorge. Me buscó, comimos y platicamos largo del hallazgo, y días después convocó a una rueda de prensa, en la que hizo reconocimiento de mi contribución al caso que para entonces lo tenía enfrentado en tribunales con el bribón Sandoval.

Los datos del *complot púrpura* los incorporó en su libro *Asesinato de un cardenal*, elaborado en coautoría con su pupilo y querido periodista Julián Andrade.

Ambos republicanos, laicos y gratuitos, a Jorge y a mí nos ganaba la risa casi siempre que volvíamos a vernos al reconocer que nuestra sólida amistad fue robustecida, ¿cuándo íbamos a imaginarlo?, por un cura demencial.